

COTTOLENGO

Padre Pedro José Ynaraja

La generosidad de Dios y la bondad de las monjas, han hecho posible que de nuevo este año, y me dicen que van por 12 los que repito, haya ido diariamente a celebrar la Eucaristía con la gente del Cottolengo y durante 60 días seguidos!. Confieso que son los 42 km que viajo más felizmente. En la Castanyera, una antigua masía catalana situada en la falda del Montseny, que la generosidad de un matrimonio cristiano les dejó en herencia, van en tres turnos, uno de niños, otro de varones y el tercero de mujeres. Proceden de las diversas casas que tiene abiertas en la Península: Lisboa, Madrid, Valencia, Las Hurdes, Galicia y Barcelona.

¿Qué es el Cottolengo? ¿Quién es admitido? Escuché como le respondían a una señora que un día me acompañaba: para estar allí es preciso ser pobre y tener una enfermedad o impedimento incurable. También añadió que un sacerdote amigo, se enteró que allí estaba uno que procedía de su parroquia y al saludarle con la fórmula habitual ¿cómo te encuentras? Le respondió de inmediato: el Cottolengo es maravilloso. Quien crea que un conjunto de enfermos de síndrome de Down, parálisis cerebral y otras limitaciones, puede resultar deprimente, se equivoca. Animado y servido por la comunidad religiosa, el ambiente es enormemente alegre. y no digamos la misa!. Volvía a casa muchos días llorando de felicidad.

Quiero referirme a alguna experiencia. Al mediodía de un domingo vino a mi casa un joven que me conocía de cuando él era niño. Le acompañaba una francesita preciosa, que vestía como toca hacerlo en verano a una francesita preciosa. Conocía yo la región donde estaban y disfrutamos comentando detalles de su paisaje y tradiciones. Fue un agradable encuentro. A las cinco de la tarde estaba en la Castanyera y se me acercó una enferma, su fisonomía no era nada atractiva, nunca me había dicho nada, tampoco esta vez, solamente me abrazó. Sentí en todo mi ser una felicidad desconocida desde hacía años. El recuerdo de la francesita se desdibujó en mi memoria.

Observaba hace poco a una señora a la que le daba la comunión, pero que durante toda la celebración su mirada era inexpresiva, me intrigaba. La encontré una mañana fuera y me llamó, iba en silla de ruedas, me pidió la mano, se la alargué, me la estrecho cariñosamente y la besó. Poco después me dijeron que era totalmente sorda. ¿cómo, digo yo, había germinado y cultivado el amor a mi sacerdocio?. Me crucé en otro momento con una que era ciega, la saludé con el rutinario ¡buenos días!. No sé exactamente que me contestó, pero si que fueron palabras amables, lo que no olvidaré, porque me impresionó, fue la sonrisa que me dirigía ¿Quién le había enseñado a ofrecermelo este su don?. Fue un regalo más preciado que una bendición episcopal.

Me complace y admiro a gente joven, o adulta, que va a países del Tercer Mundo a servir de las más diversas maneras. Es una de las demostraciones de que no se ha muerto del todo la bondad en nuestra decadente cultura y religiosidad. Trasladarse a otro continente no es cosa sencilla y siempre resulta cara. Dedicar unos días de vacaciones al Cottolengo no tiene estos inconvenientes. En las tres tandas había voluntarios, ellas o ellos. Admiro muchísimo su entrega. No puedo compartir su labor, su generosidad les ocupa todo el día. Sé que después de cenar pueden pasar un rato entretenidos charlando, solo un rato. Me han explicado su satisfacción por estar allí, añadiendo que la única pega es que el tabaco o las chuches estaban a más de 1 hora de camino.